

que frente á frente no somos iguales ni me vence... Voy á rescatar las muchas faltas de mis generales... Vamos, Princesa.

(Le da el brazo y salen juntos por los corredores del convento-prisión. Los oficiales imperialistas que llenan los ambulatorios se inclinan reverentes al ver salir al que reputan su soberano, y le abren paso llenos de respeto. Maximiliano saluda á todos los que encuentra; muchos le besan la mano y derraman lágrimas mirando al nieto y hermano de los césares augustos, sucio, descuidado, con la barba inculta y el pelo crecido de esa manera viciosa y antipática que les crece á los calvos.)

ESCENA SEGUNDA

Bello jardín de la fábrica de Hércules; la espléndida primavera corona los tallos de las plantas valiosísimas, libradas á gran costa de los rigores del tremendo sitio; árboles rumorosos dan sombra y frescura al lugar; corre cantante y alegre un hilillo de agua que á cuenta procede del raudal que alimenta la fábrica, la cual ahora sirve de albergue al ejército, mientras están parados los husos, telares, diablos y demás ingenios que en otros días comunicaban vida y animación al caserío. Dos músicas militares que parecen puestas adrede para alborotar y meter ruido, acometen con varia fortuna trozos de música popular, triste y voluptuosa; de música de zarzuela, retozona y provocativa; de música italiana, llena de frases dramáticas que los entendidos repiten trayendo á la memoria las gracias de tal ó cual tiple ó los meneos de tal ó cual tenorino ó barítono.

MAXIMILIANO, AGNES, SALM, ESCOBEDO, VILLANUEVA, UN OFICIAL.

OFICIAL

(Dirigiéndose á Escobedo.)

Mi general, llegan en este momento los prisioneros á quien usted permitió venir acá...

ESCOBEDO

¡Ah, sí! Maximiliano y sus acompañantes... Que pasen...

MAXIMILIANO

(Tiende las manos al general vencedor con aspecto de inconsciencia que nadie habría esperado; el general le presenta la suya con aspecto ceremonioso y como deseando evitar efusiones. La conversación es al principio muy penosa, porque nadie se da maña de llegar al asunto que la provocó. Al fin Maximiliano dice á Escobedo que tiene algo que comunicarle; se retiran uno y otro por una calle de árboles que se abre á la derecha del lugar en que había empezado la conferencia.)

Celebro en el alma tener oportunidad de conversar con vos para haceros presente...

(La conversación se interrumpe por el ruido de dos músicas, que unido al del agua que pasa cantante y alegre y al de los ladridos de los dos perrillos, *Jimmy* y *Babby*, impiden escuchar cualquier cosa que no sea una fantasía de la *Gazza-ladra* enzarzada en tenacísima disputa con un jarabe tapatío que hace rugir de entusiasmo á los guerrilleros, que escuchan el baile nacional con las lágrimas en los ojos, y

con los ladridos de los canecillos que retozando se atraviesan por las largas piernas de los interlocutores. En medio de aquella horrible polifonía, se percibe que Maximiliano dice: «Mi mayor deseo es tener una conferencia con don Benito Juárez... ir á San Luis... el bienestar de México... Me conformo... Lo que mandé suplicar por medio de... claro que llevaba mis poderes... hizo usted bien en aceptarle; era comisionado mío... Tuxpan ó Veracruz, me es indiferente... Puebla, Veracruz y México se rendirán... Claro que no volveré... todo cuanto arreglemos será sancionado por.. la reina Victoria es mi prima, el rey de las dos Sicilias... El rey de Prusia... Seguridad, seguridad absoluta... Los Estados Unidos... Ya telegrafé á mi familia: «Preso, pero guardándose las consideraciones que á los prisioneros de guerra acuerdan las naciones civilizadas»... Siguen hablando largo rato y al fin se separan, Maximiliano abatido, descorazonado. Escobedo cortés, serio y seguro de su papel.)

ESCOBEDO

Los términos de la ley son angustiados; pero dentro de ellos puede usted intentar cuanto convenga á su derecho... No habrá taxativas en la defensa; usted es muy dueño de nombrar los abogados que desee, y con decir media palabra...

MAXIMILIANO

¡Oh, no! defensores, abogados ¿para qué? Yo soy bastante abogado para no necesitar que nadie haga mis veces... Tengo un argumento espléndido, que no hay manera de combatir: la incompetencia del tribunal... ¡Un tribunal de militares para juzgar á un emperador!...

Además, yo dejé depositada mi abdicación en poder de Lacunza, y en el caso de caer herido ó prisionero... Mandé á don Antonio García...

ESCOBEDO

(Impaciente y deseoso de dar término á aquella penosa entrevista.)

Usted hará valer todos los argumentos que posea ante el tribunal que ha de juzgarle...

MAXIMILIANO

Y dudo que puedan hallarme la juntura de la loriga... Incompetencia, y depósito del documento en que está contenida mi abdicación... Ya no era emperador en el momento de mi captura... ¿Qué os parece, general?...

(Se incorpora á los Salm, que están en unión del coronel Villanueva y que al parecer le esperan impacientes; da la mano á Escobedo y llega á la prisión conducido por el magnífico carruaje del señor Rubio, que está á la puerta de la fábrica. Guarda silencio algunos instantes y al fin se queja delante de sus amigos y del coronel Villanueva, á quien apenas conoce.)

Decididamente se acerca el día de la reivindicación. ¡Ah, señores republicanos, señores republicanos! ¡mucho sabéis, mucho podéis, mucho tratáis de hacer; pero no lograréis engañarme á mí, que tiempo hace os conozco de

cara y mañas!... Habéis de estar entendidos de que, en vez de que Escobedo me esperara, como era razón, compungido y lleno de temor, me aguardaba, por el contrario, repleto de orgullo y con un tonillo autoritario que daba grima. Empezó por decirme que el *Supremo Gobierno*, así, recalcado, con mayúsculas; se le conocía que así le mencionaba solamente en la manera con que le decía... había tenido á bien disponer que se me juzgara... ¡Figuraos si habían de hacerme impresión tales noticias, cuando de lo que yo estoy más ansioso es de entrar en debate, de polemiquear, de persuadir á quien quiera oírlo de que soy el legítimo monarca de este país y que se comete la mayor villanía del mundo!...

SALM

¿Pero ha reflexionado Vuestra Majestad en las consecuencias que puede traer el tal juicio? Vejarán á Vuestra Majestad y quizás... no quiero ni pensarlo... harán la farsa de una condenación á muerte para que, humillado el Emperador, se crea que la República ha sido magnánima con él otorgándole la vida...

MAXIMILIANO

Dejadles, Salm, dejadles, que en nada nos perjudican

las ceremonias con que estos descamisados quieren darse importancia... Dejadles...

AGNES

Yo, Sire, todo lo temo de estos bebedores de sangre... están como niño con zapatos nuevos por vuestra captura, y harán todo lo posible por humillaros... No les conocéis tan bien como yo, Sire...

MAXIMILIANO

Tengo datos para creer que os engaña el cariño que me tenéis, amigos. Le pedí á Escobedo que me mudara de prisión, porque la que tengo es muy poco higiénica, y en el acto accedió mostrándose deferente con mi deseo...

VILLANUEVA

(Que ha salido un instante, vuelve al cabo de poco rato acompañado de un piquete de tropa y dice al Emperador:)

Está dispuesta la tropa que ha de acompañar á usted á la nueva prisión que se le destina...

MAXIMILIANO

¿Lo veis? Todo es que manifieste un deseo, para que se cumpla en seguida...

(A Villanueva.)

Estoy listo...

(Sale acompañado del coronel y seguido por la escolta. Como Salm no está comprendido en la categoría de los que deben ocupar la nueva cárcel, se le deja en Teresitas, y con el Emperador van solamente la Princesa y su médico, que no llega á hablar durante la escena. En el trayecto se detienen á ver al preso numerosos transeuntes que saludan á Maximiliano y le dan muestras del interés que por él sienten. Maximiliano dice á Villanueva con su acostumbrada volubilidad:)

Ya lo veis, mi buen pueblo de mi leal ciudad de Querétaro, me sigue y aclama como en los mejores días de mi grandeza... ¡Bendito sea este pueblo generoso que así busca al triste y al infeliz!... No le olvidaré, y podéis contar con que he de cumplir mi promesa de regalar á la iglesia de la Cruz, la soberbia custodia de oro y brillantes que le ofrecí en un momento de apuro... ¡Ya veréis qué joya, ya veréis!...

VILLANUEVA

(Baja del carruaje frente al convento de las Capuchinas, sube la escalera y se detiene ante una celda custodiada por tres soldados. A Maximiliano:)

Esta es la prisión de usted...

MAXIMILIANO

¿Mi prisión? Pero, debéis de estar equivocado... Esto



— Esta es la prisión de usted... —

no puede ser la prisión de un emperador... Esto es un cementerio...

(Al entrar ve que las patrullas se han doblado, que retenes de veinte en veinte hombres, pasan á cada momento por los ambulatorios y que están á su puerta varios centinelas que se remudan después de cambiar santo y seña. El Emperador no alcanza que tales cosas significan que se le considera como un prisionero especial y exclama dirigiéndose á la Princesa:)

¡Ved qué alarde de fuerza! Bien se conoce que han cogido miedo; sienten que el león empieza á agitarse en su jaula... Pero no importan sus vanos alardes; yo bien sé lo que esto significa; el propósito de hacer más solemne la gracia, ó el de conseguir que se les dé una indemnización de acuerdo con la importancia de la presa que sueltan... Estos republicanos viven al día y hay que satisfacerles el hambre...

AGNES

Es un cementerio en que sólo faltan los cadáveres...
Hasta ataúdes hay aglomerados...

MAXIMILIANO

¡Esto no puede ser sino una broma, sino una equivocación!... una horrible equivocación...

AGNES

Voy á arreglarlo con Escobedo.